**EL Barón de Montfort**

Mónica Marchesky

El reloj péndulo del comedor comenzó a marcar las doce, sus campanadas resonaron como todos los días, en aquel vasto recinto. El viejo prestamista dormía su siesta al sol, inmutable; su sordera hacía que se perdiera gran parte de los movimientos de la casa, pero cuando Clohé pasaba como un viento hacia el reloj, el tío Rudy se sobresaltaba y la seguía con la mirada. A pesar de sus nueve años a Clohé le fascinaba el movimiento del péndulo.

Pegaba su nariz contra el vidrio y cuando faltaban cuatro campanadas para completar las doce, se tapaba los oídos con las manos, se volteaba de espaldas al reloj y gritaba con un chillido de pájaro hasta que todo quedaba en silencio.

Le parecía estúpido lo que hacía la niña con el reloj, pero, a pesar de eso, lo entretenía. Pensó que alguna vez le daría un buen susto, él estaba sordo, paralítico y casi no podía hablar, pero…

El tiempo pasó y el viejo murió sin poder decirle a Clohé que en el sótano de la casa, guardaba un objeto muy extraño que había empeñado un gitano un día de 1800. Lo tomó porque tenía tallas que evidenciaban ser muy antiguas. Su condición de prestamista lo había llevado a conservar una cantidad de objetos que quedaban a la espera de que su dueño los fuera a rescatar. Mayormente eran relojes de estilo y joyas. Luego de la muerte del tío Rudy, para Clohé el ritual del péndulo ya no tuvo el mismo significado.

Su casamiento el 22 de octubre de 1845, a los diecinueve años, con un joven amante de los autómatas, la alejó de la casa.

Su esposo inventaba juguetes que al darle cuerda entretenían no solo por su uso, sino porque eran muy raros. Monigotes de hojalata que movían los ojos, abrían la boca y escupían un vapor blanco que asombraba a todos. Desplegaban espectáculos circenses, que involucraban a sus hombres metálicos.